

# Sombras

---

Yuji Shimohira Calvo

Julio 2009

La pequeña London tenía cinco años cuando descubrió algo terrible en su propia casa; por la noche, cuando mamá y papá le acostaban en la cama repleta de peluches y le daban el beso de buenas noches, cuando la luz en la calle se volvía anaranjada y el cielo se teñía de negro, entonces, en el pasillo de su casa aparecían unas extrañas personas. Bueno, no eran personas exactamente, a veces lo eran y otras veces no lo eran, simplemente eran formas de animales y cosas pero todas ellas con algo en común; eran oscuras.

London descubrió aquello en una noche fría y silenciosa de invierno cuando decidió realizar una visita a Pooky. Pooky era el conejito que sus padres le habían regalado por su cumpleaños. Era pequeño y de color blanco salpicado por unas tímidas motitas de color café por todo el cuerpo. Sus grandes orejas le caían por los laterales de la cabeza llegando incluso a taparle los ojos, lo que hacía de él un conejito muy gracioso. Pooky estaba casi siempre en un gran corral especial para conejos dentro del salón de la casa. Dentro del corral tenía su comida y su agua, ¡le encantaban las zanahorias y la lechuga! También tenía un montón de juguetes que le había regalado London, alguno de ellos de su colección especial de peluches preferidos.

Así pues, la pequeña niña pensó que tal vez Pooky se sintiera un poco solo aquella noche, por lo que tomó la decisión de aventurarse ella sola en el oscuro pasillo y llegar hasta el salón costase lo que costase.

Todo estaba muy oscuro, tan oscuro que a London le pareció que era el pasillo de otra casa. Apretando fuerte de la mano a Jean, su osita de peluche favorita, caminó paso tras paso con temblorosa decisión por la alfombra del corredor. Sus ojos no tardaron demasiado en acostumbrarse a la penumbra. Con la mano que tenía libre iba palpando cuidadosamente la pared, aquel acto le daba seguridad en un momento de tanto miedo. Realmente se llegó a plantear que no era su casa, ¡no podía reconocer casi nada! ¿Se había levantado sin querer en la casa del vecino? ¿Le habían movido su cama de lugar mientras ella dormía inocentemente? Y de ser así... ¿qué había pasado con Pooky? ¿Estaría bien?

El deseo de encontrar a su conejito le otorgó renovadas fuerzas para proseguir con su periplo nocturno. Entonces, al llegar a la altura de la puerta de una habitación que supuso sería la de sus padres los vio en la pared opuesta. Parecían dos hombres hablando sobre una oveja que tenían en medio. En realidad no sabía si eran dos señores porque solamente mostraban su perfilado perfil, pero ella creyó ver a dos hombres, uno de ellos con un elegante sombrero, y una oveja de por medio.

Al principio se asustó bastante porque no sabía que en su casa, si es que realmente era su casa, vivieran esos dos señores, ¡y menos una oveja! Pero cuando los observó con cuidado desde la distancia pudo ver que apenas se movían. Como permanecían muy quietos London perdió algo de miedo y poco a poco fue acercándose para saludarles, pues era una niña muy educada, incluso con las personas secretas que vivían por la noche en su casa. Su inquieta curiosidad reclamaba a gritos saber de qué trataba la conversación, pero sobre todo quería conocer el nombre de la oveja para poder llamarla y poder acariciar su suave lana. De hecho, pensó que si la oveja no tenía ningún nombre ella le podría dar uno dulce y bonito, como por ejemplo... Roxy. ¡Seguro que Roxy y Pooky se llevarían genial! Ya se imaginaba a los tres jugando en el jardín al escondite. Pooky al ser pequeño y muy rápido se escondería muy bien detrás de un seto de mamá, mientras que Roxy como era algo más grande se arrodillaría silenciosamente y haciéndose una bola de lana se haría pasar por una manta en el cobertizo. ¡Qué bien lo pasarían juntos! También podrían jugar a peinar a Roxy de mil maneras imitando las fotografías de las revistas que había en el salón.

Así que con todas esas cosas en mente y muchas más se acercó intentando no hacer mucho ruido, pues por la abertura que quedaba entre la puerta de sus padres y el marco de ésta se proyectaban unos pequeños rayos de luz, lo que indicaba que estaban despiertos viendo algo en la tele o simplemente leyendo algún libro de mayores, de esos que London no entendía y que no le gustaban porque no tenían ningún dibujo. De esta forma comenzó a levantar con muchísimo cuidado los pies y comenzó a caminar con suavidad de puntillas. Tampoco quería ser grosera interrumpiendo la

conversación de aquellos dos hombres y mucho menos asustar a la pobre oveja. Cuando estuvo a menos de dos pasos de ellos se llevó la mano a la oreja para improvisar un amplificador, pero aún así no consiguió escuchar absolutamente nada. ¡Qué raro! Ninguno de los señores tenía voz y la oveja no hacía ningún tipo de ruido. Decidió llamar su atención agitando los brazos en el aire, pero tampoco dio ningún resultado. Pensó que la conversación era tan importante que no se dieron cuenta de su presencia, de que estaba allí con la viva esperanza de poder conocer a nuevos amigos. Estuvo en el pasillo un buen rato esperando el momento perfecto para interrumpir, pero nunca llegó, así que cansada de esperar encaró de nuevo el oscuro pasillo y fue a visitar a Pooky.

Desde aquella noche, la pequeña London comenzó a aventurarse en el pasillo con más asiduidad. Cada vez encontraba a nuevos y distintos inquilinos con muy diferentes cosas, desde coches y trenes, pasando por caballos, carrozas, casas, árboles... ¡hasta una noria! Solía coger a Jean de la mano y se sentaban juntas en la alfombra, mirando atentamente a la pared e imaginando qué decían o qué hacían, pues nunca podía escuchar nada por muy cerca que se sentase.

También había noches en las que no había nadie en la pared del pasillo, sobre todo las noches muy oscuras que ni tan siquiera estaban iluminadas por los rayos de luz que se escapaban por la habitación de sus padres. Esas noches iba directamente al corral de Pooky para asegurarse ella misma que su conejito estaba bien arropado. Éste solía quitarse la mantita que había cosido su madre para tapar al conejo en los días de más frío. Lo que hacía London era volver a ponerle la manta sobre el cuerpo dejando fuera la cabeza y las largas orejas. Entonces, sin dejar de acariciarle le contaba lo que había visto en la pared las noches en las que había algo, con todos los detalles y todas sus imaginativas suposiciones. Lo cierto y verdad es que aunque en muchas ocasiones la pequeña deseó poder escuchar lo que ellos decían, otras muchas veces prefería no hacerlo, porque así se podía imaginar a su antojo el tema de la conversación.

London no podía escuchar lo que no se podía escuchar, pero su imaginación aventurera le hacía viajar a un mundo por noche. Mundos desconocidos donde los nuevos inquilinos cantaban y reían

junto a ella, donde todo dejaba de ser oscuro para pasar a ser de un color muy vivo.